

MIEDO DE VERDAD, por Carlo Evidente

Perdí la noción del tiempo casi a la vez que la vergüenza; al nacer. Es por esto que no recuerdo demasiado bien –ni demasiado mal, sencillamente no recuerdo- la primera vez que me fijé en aquellos ojitos, aquella sonrisa y ese cuerpo tan deseable. Cuando llegué el primer día a la universidad, buscando afanosamente el aula 508, entré en primer lugar al edificio equivocado, donde se cursaban los dos últimos cursos de la socorrida carrera de periodismo, esa que todos desechan y menosprecian aludiendo al soberano intrusismo profesional que nos corroe hoy en día. Pregunté en secretaría por el aula en cuestión y me mandaron al otro edificio ipso-facto. En aquel momento pensé: “dentro de unos cuantos años pisaré este suelo mochila al hombro”, pero no llegó a pasármeme por la cabeza que en un intervalo mucho menor de tiempo fuera a desarrollar un ansia tan feroz de volver a aquel edificio,

Lo único que consigo recordar vagamente es que tras un mes de clase decidí estabilizarme en cuanto a compañeros de fila se refería; estaba algo cansado de sentarme cada día con alguien distinto. Era época fría como pocas, y en mi solvente búsqueda de un círculo de amistades estable, no dudé en escupir de mi boca el tema de conversación por antonomasia entre los varones a la hora de romper el hielo: “las mujeres”, esas grandes desconocidas. Calibramos en poco tiempo a la gran mayoría del plantel femenino de la clase, pero al parecer se nos había olvidado una. Una chica que entró impasible en el aula, con la boca torcida en una especie de sonrisa complaciente, los libros apretados contra el pecho con sus brazos. Pelo castaño, ojos color avellana, y unos labios sublimes. No recordaba haber reparado en ella durante el mes que ya habíamos cumplido desde el comienzo de curso, lo que me llevó a deducir, en primer lugar, que podría tratarse de una chica que no pudiera compaginar estudios con trabajos

y acudiera a clases cuando buenamente pudiera, o una mujercita cursando un nivel superior que todavía debiera rendirle cuentas a alguna asignatura del primer curso, en este caso concreto, sociología. La perdí de vista cuando pasó a mi lado y siguió flotando en el aire hasta el fondo de la clase. Me giré lentamente y la observé, colocando todo con precisión sobre la mesa y después desplegando una de las sillas para dejar caer aquella delicia de cuerpo sobre ella. “Quién fuera silla”.

Durante las dos primeras semanas me limité a corroborar que sólo iba a aquella clase, sociología, y de repente comenzó a gustarme Wilfredo Pareto. Fui acercándome cada vez más a ella, aprovechando por descontado que se sentaba sola, y un buen día, de los mejores del curso, opté por presentarme ante esos ojazos. Y la primera vez que me sonrió, morí. Bea. Luego olvidé su nombre, por supuesto, pero jamás aquella sonrisa, esa expresión confortable que transmitían sus ojos. Esa lozanía, esas mejillas que invitaban a ser besadas. Con el tiempo y algo de paciencia, fui conociendo detalles de su vida universitaria y, en una ocasión, abordé su intimidad con absoluto descaro. También con el tiempo fui cayendo en la cuenta de que me regalaba las dos horas más dulces de cada semana, que se me hacían dolorosamente cortas, y me molestó no poder verla más allá de las clases, fuera de pizarras y relojes de pared, traspasando la frontera que marcaban aquellas serenas letras, (“FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN”) sobre una fachada triste y gris que, no obstante, ella alegraba. En una ocasión me decidí a buscarla en su edificio, pero no sabía cómo ni por dónde empezar así que me detuve a mitad de camino. “¿De veras crees que puedes interesarle lo más mínimo a una chica como ella?”, y aunque la respuesta fue una rotunda negación, me contenté pensando que aún restaban dos meses para finalizar el curso, dos meses durante los cuales podría seguir recreándome en su presencia. Todavía me

desespera no saber nada de ella desde el mismo momento en que acaba la clase del martes hasta que vuelva a encontrarme junto a su figura el lunes.

Decidí dar el siguiente paso y comencé a sentarme a su lado en la clase de sociología. Tenerla tan cerca constituía uno de aquellos detalles que todos pasan por alto y que sin embargo contribuía de forma explícita a definir mi felicidad. Quizás estaba cayendo en el error de empezar a sentirme atraído por ella o, peor aún, acabar por evocar aquella frase con la que la saludé la primera vez: “Hola, ¿puedo enamorarme de ti?”.

Y llegados a este punto, ¿existe quizás algo más escalofriante que el amor?